CAMINOS DE SANTIAGO

HISTORIAS REALES
DE UN PEREGRINO

Francisco Rodríguez Monge

CAMINOS DE SANTIAGO

HISTORIAS REALES DE UN PEREGRINO

Didot

Caminos de Santiago.
Historias reales de un peregrino

Primera edición: agosto de 2026
© De la obra: Francisco Rodríguez Monge

© Edición Punto Didot
www.puntodidot.com
Avenida Ensanche de Vallecas 42
28051, Madrid
e-mail: info@puntodidot.com

ISBN-13: 979-13-88323-10-2
ISBN E-book: 979-13-88323-11-9
Depósito legal: M-17716-2026

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis padres, por haber estado siempre a mi lado
y regalarme su apoyo incondicional.

ÍNDICE

1. Introducción 11
2. Vía de la Plata 13
3. Camino Primitivo 73
4. Camino del Norte 101
5. Camino Francés 171
6. Camino Inglés 243
7. Camino Portugués por la costa 261

INTRODUCCIÓN

En este libro intento explicar cómo me preparé para la realización de lo que iba a ser, en principio, el camino llamado Vía de la Plata, que empecé desde la Catedral de Sevilla, pero que fue solo el inicio de una serie de caminos realizados anualmente, y únicamente interrumpido un año por motivo de una pandemia. A partir de ese primer camino, como suelo decir a los que lo inician, "el veneno entró en mis venas".

También relato anécdotas, como no podría ser de otra manera, ya que es lo que más abunda en el camino. Y, aunque no seré yo quien dé clases de supervivencia —porque en el camino tampoco es que hagan mucha falta—, hay que recordar que estamos en España y suele haber medios para que no te falte de nada, haré mención a unos mínimos que, en mi caso, llevaba para el día a día, por si te sirven de referencia. Posteriormente, cada uno puede ir añadiendo o tachando de la lista lo que le vaya pareciendo que falta o que sobra.

Lo principal, y que no te puede faltar para la realización de un camino, es la motivación; las ganas de comenzar una aventura, tener algo de tiempo, algo de dinero inevitablemente también y para terminar, algo de forma física, aunque tampoco pienses que esto último es importantísimo porque como explicaré más adelante, si o bien tienes ya unos años, o bien muy poca forma física, daré nociones de cómo gestionarlo, tanto en distancia como a la hora

de elegir un camino más o menos duro según tu salud corporal. Después de eso, cada uno es libre de elegir el camino que quiera, evidentemente, solo daré ideas por si te ayudan a tomar tu decisión. Y ya, para terminar con esta pequeña introducción, desearte que el libro te guste, que ojalá te sirva de algo y, cómo no..., ¡BUEN CAMINO!

VÍA DE LA PLATA

Enrique y Yesenia son dos amigos que, en su día me empezaron a hablar del camino de Santiago. En principio, la verdad es que no había oído hablar sobre ello; aunque parezca mentira, o por lo menos no detenidamente, quizá algo de oídas y de paso. Enrique había hecho ya varias veces la Vía de la Plata en bicicleta y Yesenia había hecho el final del Francés, los últimos cien kilómetros andando, que son los que te exigen para darte la Compostela, que a su vez es la que certifica que has realizado el camino de Santiago y que suele hacerse en cinco etapas.

Me picó la curiosidad y empecé a indagar un poco sobre el tema. Tenía una cosa clara: hiciera lo que hiciera, sería andando; en principio la opción de la bicicleta no la barajaba, no es por nada, no me disgusta la bici, pero siempre me ha gustado más caminar. Me hablaron de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago en Sevilla, que se encuentra en la calle Castilla, 82, y uno de los días que tuve libre me pasé para que me orientaran un poco.

Al llegar allí, el local se encuentra en un pequeño pasaje, al entrar a mano izquierda. Allí me encontré con dos hombres; uno de ellos me comentó que había hecho la Vía de la Plata. Amablemente, me dijo que me sentara, preguntándome lo que tenía planeado hacer. Le dije que tenía en mente hacer la Vía de la Plata, a ser posible de una vez.

Él se levantó y vino acompañado de una guía de papel, una especie de libreta pequeña, de forma rectangular, donde venían las distintas etapas diarias, algunos datos de interés como bares, restaurantes, farmacias, centros de salud, cajeros y tiendas. También hacía mención a la existencia, o no, de albergues municipales, albergues parroquiales y privados.

La verdad es que la guía, para estar a papel, era bastante completa. También venía acompañada, en una de las partes de la ruta que supuestamente harías ese día, de un pequeño comentario explicativo sobre la zona y, en la parte superior, de un pequeño dibujo del recorrido en el que se representaban vías de tren, ríos y el desnivel del terreno que ibas a recorrer ese día, etc. En definitiva, la guía me gustó porque ya tenía algo a lo que agarrarme a la hora de planificar un poco el día a día en el Camino.

Evidentemente, lo acosé a preguntas, como era de esperar. Y una de ellas fue que, si los mil siete kilómetros que tiene el Camino se podrían hacer en treinta y seis días, ya que la guía te marcaba que se hacía en treinta y siete, pero con más de diez etapas superiores a treinta kilómetros cada una. Él me respondió que me hiciera a la idea de cuarenta días, porque siempre surge algo inesperado, y eso suponiendo que no fuera algo de envergadura, porque entonces no terminarías el Camino.

No estoy jubilado, con lo cual, mi disposición de días tiene sus límites. Pero tenía una ventaja en mi trabajo: como realizaba todos los días más tiempo de jornada laboral del que me correspondía, en el cómputo anual de horas acumulaba días libres. Por ese motivo me planteé hacer el Camino de una vez. Digo esto porque durante esta aventura, la pregunta del millón, cuando respondía que estaba intentando hacer la Vía de la Plata de una sola vez, era: "¿Estás jubilado?".

Una vez salí del local, no sin antes agradecerles la atención prestada a esos dos hombres y haber comprado la llamada credencial, me dirigí a mi casa, lleno de ilusión por empezar y deseoso de

preparar todo lo necesario. La credencial, para quien no lo sepa, es el documento personal que acredita tu condición de peregrino. La puedes solicitar en albergues e iglesias; en mi caso, yo la compré en la asociación por un módico precio de dos euros. Esta credencial será la que te sirva para demostrar tu peregrinaje, porque, aunque en albergues privados quizá no te haga falta, en albergues municipales y monasterios en los que puedas pernoctar es posible que, sin ella, no te admitan.

Además, se convierte en una especie de ritual. Llegar al albergue o a algún lugar de interés en el que quieras que conste que estuviste allí y sellar en el sitio. Sellar, como bien dice la palabra, consiste en que, en la credencial, que tiene sus espacios para ello, te estampen un sello en uno de los recuadros y así dejas constancia de que pasaste por allí.

También te hará falta al llegar a Santiago de Compostela, a la oficina del peregrino, una vez hayas culminado tu camino, para que te den la Compostela. Y, cómo no, también será uno de tus recuerdos, que con el tiempo y sobre todo cuando le eches un vistazo algún día, te hará rememorar los sitios por donde pasaste.

Dicen que es bueno poner dos sellos al día: uno en el albergue y otro en un bar o sitio de interés, aunque siempre hay quien pone el sello donde quiere que pase. Yo siempre he sido de poner un sello en el albergue al llegar y, si acaso, en alguna catedral o pequeña iglesia que, aunque sea pequeña, tiene fama o bien un sello bonito. Cuando haces caminos de más de treinta días, como ha sido mi caso en tres de las seis ocasiones, tampoco es que dispongas de mucho espacio.

Todavía me faltaba un tiempo hasta que llegara el momento de hacer el Camino, unos tres meses, así que empecé a confeccionar una pequeña lista de las cosas que se me iban ocurriendo. Comencé a irme a caminar tres o cuatro días a la semana, haciendo unos diez o doce kilómetros para ir entrenándome bien.

Dos meses antes, fui a elegir una mochila que fuera adecuada. Como era mi primer Camino y tampoco me sobraba el dinero, me fijé más en los litros de capacidad, que en su calidad.

Y tengo que decir, a su favor, que de las tres que he tenido, fue la segunda más cómoda y la más práctica; contando con que las otras dos eran más caras, es un detalle a considerar. Cuando ya iba faltando menos, empecé a salir a andar por una ruta que iba desde mi piso hasta la Pablo de Olavide: unos veinte kilómetros; eso ya era harina de otro costal.

Teniendo en cuenta, además, que iba con la mochila a cuestas, en su interior metía una manta con idea de ir habituándome al peso. No es que pesara demasiado, pero le añadía la manta y alguna cosa más para notar sensaciones e ir acostumbrándome. No hace falta decir que la gente que me veía por mi pueblo probablemente me tomara por loco, pero ese es un problema que nunca me ha preocupado en exceso.

Creo que fue el Camino para el que más preparado estuve de los seis, probablemente porque era el primero y había oído hablar de su dureza; en los siguientes, cuando no fue por una cosa fue por otra, ya no llegué tan preparado al inicio. Un fallo por mi parte, porque, aunque quizá me preparé un poco más de lo que hacía falta, también es verdad que en los otros los primeros días casi siempre lo pasé mal por mi falta de entrenamiento.

Entonces, hablando siempre desde mi punto de vista, conociéndoos un poco y siendo conscientes de vuestras posibilidades, recomendaría que por lo menos, os pusierais a caminar con un mes de antelación y, dependiendo del camino que elijáis y la distancia que vayáis a recorrer diariamente, así ajustáis el entrenamiento.

Por poner un ejemplo: si pensáis hacer una media de veinte kilómetros, y en uno de los caminos que no suele tener grandes desniveles, como el Portugués por la Costa, bastaría con un mes caminando, aunque sea con una mochila pequeña a la que añadáis algo de peso —aunque sea poco, tres kilos— y durante dos o tres horas al día. Pienso que sería suficiente.

Pero teniendo en cuenta siempre que lo que recomiendo es en general, una media aproximada. Habrá personas muy entrenadas a los que esto les parezca una ridiculez y otras con problemas físicos o con una edad avanzada que, por sus circunstancias, lo vean muy complicado.

Por fin, ya faltaban solo unos días para el comienzo de mi aventura. Dejé mi mesa del salón habilitada como puesto de combate: la mochila vacía en una silla y la mesa con todo tipo de cosas que me llevaría dentro. Comprobé con antelación que todo cabía y, aunque apretado, entraba.

Ya se había corrido la voz, incluso en mi trabajo, y estaban todos expectantes; algunos hacían apuestas. Y como dijo una vez un directivo del Betis, "¡Nadie daba un duro por mí!", menos algún que otro amigo, de los incondicionales.

Dos de ellos, de hecho, me acompañaron en mi primer día de camino. El primero, Jesús, vino acompañado de su mujer, Eva; y el otro fue Fali. Este último llegó hasta Santiponce, aproximadamente a mitad de la primera etapa. No pudo continuar hasta el final porque ese día trabajaba en turno de tarde. Jesús y Eva sí llegaron hasta Guillena, final de etapa, cosa que agradecí. Después regresaron a Sevilla en autobús, tras almorzar juntos.

Se agradece, porque, aunque a mí siempre me ha gustado hacer los caminos solo, nunca lo consigues. En el Camino casi nunca lo estás, pero el hecho de hacerlo solo es una cosa, y otra muy distinta, es que en tu primer camino y además, en tu primer día, te acompañen en esa etapa grandes personas: te dan un extra de motivación.

Esa primera etapa salía desde la puerta de San Miguel. Hay una baldosa, que si te fijas, ya indica la salida desde allí de la Vía de la Plata. Cruzas la avenida de la Constitución hacia la calle García de Vinuesa y allí nos inmortalizamos en la única foto que nos hicimos en todo el camino, con el azulejo encima de nuestras cabezas, primera señal indicadora del camino, justo debajo del nombre de la calle.



De izquierda a derecha: Eva, Jesús y Fali

Después recuerdo que pasaba por unas calles, el puente de Triana, etc. tampoco quiero aburrir citando con exhaustividad el recorrido, porque para eso ya están las guías del camino, que a lo largo de este libro indicaré, cuál es la que a mí me sirvió mejor y me gustó más. No digo que no las haya mejores, pero, en mi caso, es la que más he valorado, tanto a la hora de indicarme sobre albergues, como sobre el Camino en general. Hoy en día las hay que te marcan el camino a tiempo real en el móvil, como si se tratará de una línea a la que no debes perder de vista; van por satélite. A mí tanta exactitud nunca me gustó, entre otros motivos porque equivocarse a veces —no demasiado— también es parte de tu camino. Recuerdo las palabras de Fali, que me dijo una vez: "Con lo despistado que tú eres, en vez de mil kilómetros, seguramente harás mil trescientos". Gracias a Dios no fue así, aunque alguna vez, muy pocas, reconozco que me

equivoqué. De todos modos, hoy en día es difícil perderse con el trazado de flechas amarillas que te guían a lo largo de los caminos.

En esa primera etapa nos despedimos de Fali una vez que dejamos atrás las Ruinas Itálicas, que se encuentran en Santiponce, y continué con Jesús y Eva hasta Guillena. Nos hizo un día caluroso y, antes de coger la recta que va hacia el pueblo —es una recta en la que no hay sombra alguna—, me paré en un contenedor y tiré algún que otro "por si acaso", entre otros, unos zapatos no muy nuevos que llevaba por si les pasaba algo a las botas de media caña.

La mochila pesaba trece kilos, una burrada, y recuerdo que al llegar a Guillena, la había dejado en once. Aun así, todavía era bastante peso, pero ya era algo más aceptable. Cuando vas haciendo más caminos, te vas dando cuenta de la importancia del peso a la hora de andar. Muchas veces, la culpa de que te salgan ampollas en los pies suele tener más que ver con el peso que con los kilómetros que hagas. Aunque de las ampollas también hablaremos más adelante, porque pueden ser las culpables de que te tengas que salir del camino.

Una vez que almorzamos ese día, los acompañé a la parada del autobús en Guillena, que se encuentra muy cerca del albergue donde me hospedé, se llamaba "Luz del Camino".

No se me olvidarán las palabras que me dijo Eva: —Vete tú con Jesús de vuelta y dame la mochila, que yo sigo el camino. —Los tres nos reímos porque era una señal de que le había gustado aquello, y me consta que a Jesús también.

Una vez llegas al albergue, mi rutina diaria se podría resumir en lo siguiente: sellar la credencial, dar los datos en el albergue, ducharte, lavar la ropa, tenderla para su secado o, en su caso, secarla en secadora, almorzar, siesta, dar una vuelta por el pueblo viendo lo principal del mismo para hacer la tarde más amena, cenar, recoger la ropa del tendedero y, por último, organizar la ruta del día siguiente y dejar la mochila preparada.

Aunque todo esto puede cambiar de orden, dependiendo a la hora que llegues al albergue. Por ejemplo, si llegas a una hora en la que

están a punto de cerrar la cocina de los bares, se puede anteponer el almuerzo a lo que es lavar la ropa; son cosas que vas viendo sobre la marcha. Hay que recordar que los albergues, en el caso de que elijas esa opción (es la que yo recomiendo), suelen apagar las luces a las diez de la noche. Te puede gustar más o menos, pero hay que respetar a los demás peregrinos. En el caso de los albergues privados, suelen ser más flexibles con la hora de entrada, pero en el caso de los municipales y los eclesiásticos, olvídate: te dejan fuera como te descuides.

Si te gusta mucho la juerga, tienes dos opciones: o te vas de hoteles y así no molestas a los demás, o dejas la mochila bien preparada antes de irte a tomar algo y, cuando vuelvas, quédate con la memoria de dónde estaba tu cama y entra en la habitación como si fueras un Ninja.

Porque, si por mí fuera, en más de una ocasión, a los que llegan encendiendo la linterna y dándote con la luz en la cara cuando ya está todo el mundo dormido, o empiezan a hacer ruido con bolsas, taquilla, etc. —que entiendo que le puede pasar a cualquiera, pero no durante varios minutos seguidos—, a esas personas, las echaría directamente a la calle si de mí dependiera. Lo considero como una falta de respeto a los que se lo están tomando en serio. Que no seré yo quien diga, y el que me conozca lo sabe, que en el camino no hay que divertirse, pero siempre respetando a los demás.

Dicho esto, en la segunda etapa llegué a Castilblanco de los Arroyos, perteneciente ya a la comarca de la Sierra Norte y que distaba de Guillena dieciocho kilómetros. Fue una etapa llevadera y más bonita que la anterior.

Al llegar, el albergue aún estaba cerrado y opté por irme a un bar que había enfrente a tomarme una cerveza fresquita, puesto que faltaba un rato para que abrieran y la calor sería algo que me acompañaría ya durante todo el camino, por lo menos hasta que no pasara de Salamanca. También es cierto que por las noches refrescaba y te dejaba dormir.

Hay que tener en cuenta que salí un dieciséis de mayo, si no recuerdo mal, y en la zona de Andalucía por esas fechas ya hace

calor normalmente. En esa etapa conocí a una pareja de australianos y a algún que otro peregrino. Estábamos en la misma mesa tomando algo cuando uno de ellos dijo que había que tener cuidado en los albergues porque hay veces que se hacen pasar por peregrinos y lo que hacen es robarte para posteriormente desaparecer.

El australiano me miró como si me advirtiera de algo, y según me tradujeron, porque, aunque chapurreo algo de inglés, hablaba muy rápido y no pillaba casi nada, había dicho que si pillaba a alguien robándole, tendría consecuencias. Para no ser menos, y en pleno combate de testosterona, lo miré de la misma manera y le dije lo mismo. Su mujer se echó a reír.

Al final, cuando ya llevábamos varios días coincidiendo en el camino, nos hicimos bastante amigos. Aunque habláramos poco, en posteriores caminos aprendí algo más de inglés y me defendía mejor, aunque tampoco es que sea un prodigio en el idioma.

En el tema de los robos tengo que decir, que tan solamente una vez en el camino Francés, un amigo que hice durante el mismo fue víctima de uno. A mí nunca me quitaron nada afortunadamente, pero a él le birlaron cuatrocientos euros.

Nunca me ha gustado llevar tanto dinero encima y, si lo llevara, no dejaría la cartera en el bolsillo superior de la mochila para ir al baño. En ese aspecto, lo que suelo hacer en todos los caminos y no me ha ido mal, es llevar una de esas carteras finas, como de plástico, para que ocupen poco y no me molesten al andar. Ahí suelo meter la tarjeta de crédito, carnet de identidad y los billetes, siempre dejando en la mochila, en algún escondite, por lo menos cincuenta euros, por si acaso perdiera lo de la cartera, para salir del paso mientras me busco la vida.

La siguiente etapa fue desde Castilblanco hasta Almadén de la Plata, de veintiocho kilómetros de distancia. Esta ruta aún me gustó algo más que la anterior, sobre todo al pasar por la gran finca El Berrocal, enorme dehesa que forma parte de la cordillera de Sierra Morena. Lo que me gustó menos fue el llamado "Cerro del Calvario". Antes

de llegar al final de la etapa y aunque creo que la distancia era de trescientos metros, no había subido nunca una cuesta tan empinada.

Recuerdo que cuando ya estaba casi arriba, unos ciclistas que iban a bajarlo, uno de ellos le decía a los otros dos: "¡Vamos a dar la vuelta, que hasta con los frenos cogidos sigue la bici para abajo!". Cuando llegas arriba, las vistas en el mirador te recuerdan que ha merecido la pena: y, cuando bajas por el otro lado del cerro, se empieza a vislumbrar Almadén.

Es un pueblo pequeño, pero tiene encanto, además cuando llegué estaban celebrando fiestas; creo que celebraban las Cruces de Mayo. Y lo primero que hice al ducharme en el albergue y lavar la ropa fue ir a tomarme unas cervezas a la plaza donde está situada la Torre del Reloj. Tampoco quise abusar, porque hay que tener en cuenta que, al otro día, si no quieres pasar un mal rato, no puedes pasarte con el líquido inflamable.

Pero, si comes bien y te echas una buena siesta, al otro día no tienes problemas. Con esto no quiero incitar al alcohol, por supuesto; si no bebes, mejor todavía: más probabilidad de éxito tendrás a la hora de continuar el camino.

Pero, en mi caso, como no creo excesivamente en la probabilidad, pues me gusta pararme, ya no solo a tomarme algo, sino también a hablar un poco con la gente del pueblo, probar la gastronomía del lugar y, además, buscar un imán de la zona. Es una colección que empecé en ese camino y que nunca perdí; tengo el frigorífico de mi casa al que ya no le cabe un alfiler.

En el cuarto día de camino, desde Almadén hasta Monesterio, la etapa fue de treinta y cinco kilómetros, con un añadido extra de moral: entraba en otra comunidad autónoma.

Y, aunque parezca una tontería, el mero hecho de cambiar de comunidad autónoma te da una sensación de logro. Es como si hubieras cumplido un primer objetivo con éxito, que en parte lo es. Pero, bueno, te viene muy bien porque te aporta un plus de motivación en el camino.

Y me vino bien, porque esa etapa de Monesterio fue bastante dura para mí. Lo positivo fue que cuando faltaba poco para el final, conocí a dos personas, Julián "el Catalán" y Enrique "el Maño"; juntos llegamos al pueblo.

Julián había sido taxista, tenía setenta y tres años y era su segundo camino. En cuanto a Enrique, estaba recién jubilado, sesenta y cinco años aproximadamente y era el típico maño, grandullón y testarudo como él sólo, pero eran muy buenos tipos.

Ese día me convencieron para que nos hospedáramos en el mismo sitio y accedí. Se trataba de un hostal que había en el pueblo y que, de precio, te salía casi igual que el albergue. Al día siguiente me alegré de haberles hecho caso porque, por lo visto, el albergue municipal dejaba mucho que desear.



A la derecha Julián, al centro Enrique y a la izquierda un servidor

Al día siguiente hicimos la quinta etapa, de Monesterio hasta Fuente de Cantos, que fue de veintiún kilómetros. Al ser una etapa más corta, vino bien para descansar un poco las piernas. Nos hospedamos en un albergue que no reflejo aquí porque, a día de hoy, ya no existe. Fali estaba con su esposa, Estela, visitando Zafra; se acercó a verme y, de paso, me invitaron a almorzar y a preguntarme cómo lo llevaba. Se agradecen visitas así porque, la verdad, son otro granito de motivación.

Al día siguiente llegamos a Zafra, unos veinticinco kilómetros. Fue un encuentro inesperado con su castillo; es lo bonito del Camino si no conoces el lugar. En mi caso, estaba pasando por zonas que no había visitado, y Zafra fue uno de los sitios que me gustó, tanto por su castillo, como por su gastronomía, sin dejar atrás las cervecitas que echamos en la Plaza Mayor junto a Daniela, una mujer italiana simpatiquísima que provenía de Verona y estaba haciendo el camino sola.

En este camino me encontré con muchas mujeres extranjeras que venían solas y, sin embargo, no sé por qué razón, las españolas casi todas venían acompañadas. Supongo que sería casualidad, no creo que fuera por motivos de seguridad, porque los caminos normalmente son bastante seguros, vayas como vayas.

Llegamos a Villafranca de los barros, que estaba a unos veinte kilómetros de Zafra, y ya empezamos a adentrarnos cada vez más en zona de viñedos. Recuerdo que, al día siguiente, nos tocó la etapa desde Villafranca hasta Torremejía, unos veintisiete kilómetros. En esa hubo un momento en el que afrontabas una recta en el camino, con viñedos a ambos lados, y en la que tienes que armarte de psicología para no agobiarte porque es una recta interminable. Miras al final y se vislumbran unos montes que parece que nunca se acercan lo suficiente, como que no se mueven, y siempre estás en el mismo sitio. Ahí es donde sería bueno distraerse un poco con la charla y demás; así se te hará más liviano ese tramo, aunque de todas formas es probable que se te haga largo. Con esto de la charla

también tienes que tener cuidado de no pasarte una flecha amarilla, y tener que desandar lo andado.

Ya se podría decir que habíamos creado un equipo, Enrique, Julián y yo, y hacíamos las etapas juntos. Aunque mi idea era hacer el camino solo, tampoco me negué en principio, porque la verdad es que íbamos bien.

Cogimos unas rutinas como se suelen hacer, aunque vayas solo; pero, que al ir los tres, lo que se le pasaba a uno te lo recordaba el otro.

También, en cuanto al lavado de ropa, al ir los tres y contando que en aquella época solían valer de media tres euros poner una lavadora en el albergue y tres la secadora, si hacía buen tiempo la tendíamos en el tendedero; pero, si no, la poníamos y nos salía a dos euros por cabeza, que era bastante económico. Cuando el albergue no disponía de lavadora y secadora, lavábamos a mano, evidentemente, pero la ropa no quedaba igual. En la guía que nos apoyábamos nos indicaba si el albergue disponía o no de lavadora y secadora. Aunque por otra parte, también te podías llevar la sorpresa de que, a pesar de venir incluida (la lavadora) en los servicios del albergue, estuviera en esos momentos averiada.

Ya a mitad de este camino, y como llevábamos —el que menos— tres mudas, casi dejamos de lavar a mano. Lo que hacíamos era que si un día, por lo que fuera, la lavadora del albergue estaba averiada o el albergue que elegíamos nos gustaba mucho pero no disponía de lavadora, guardábamos la ropa sucia en una bolsa bien cerrada para que no desprendiera olor al resto de la mochila; y al día siguiente, ya sí lo echábamos todo a lavar. Esta vez el tema lavadora no podía fallar o tendríamos que hacerlo a mano, sí o sí.

En la novena etapa y después de dieciocho kilómetros, etapa cortita, llegamos a Mérida. Siempre me ha gustado hacer los cálculos en el camino, de tal manera que la etapa anterior a una ciudad o algún sitio que tenga algún atractivo, o que tenga bastantes cosas que ver, se haga de tal forma que ese día en concreto te quede poca

distancia para llegar al sitio en cuestión; así aprovechas más el día y te dará más tiempo a disfrutar del lugar.

Aunque casi nunca te da tiempo a verlo todo por mucho que corras, tampoco es malo. Digo que tampoco es malo porque soy de la opinión de que, si dejas algo por ver, así tienes un motivo la próxima vez para regresar.

No me gustaría que me pasara como a un peregrino que no salió ese día del albergue, porque decía que Mérida "ya la había visto". De todas maneras, y aunque ya la hubiera visto, en mi caso, volvería a salir a verla.



Teatro Romano de *Mérida*

En Mérida echamos un día estupendo, no paramos. El albergue en el que nos quedamos estaba pegado al río; en este caso, creo que era el municipal y, al estar junto al río, tuvimos que cerrar por la noche las ventanas porque nos iban a comer los mosquitos. Nos pilló sin antimosquitos, que siempre es bueno llevar un pequeño espray de Autan, pero ni lo llevábamos, ni caímos en

comprarlo, por lo que tuvimos una noche algo movidita por culpa de los trompeteros.

A la mañana siguiente la etapa fue desde Mérida hasta Alcuéscar: treinta y seis kilómetros. Fue bonita, pero dura. En la Vía de la Plata, recomiendo —por lo menos si se hacen etapas largas y teniendo en cuenta que no te sueles encontrar muchas fuentes y de las que te encuentras, algunas no son potables— ir bien provistos de agua, pero sin pasarse.

En mi caso, solo me hizo falta hacerlo en este camino (Vía de la Plata): llevaba una botella de agua pequeña a cada lado de la mochila y otra dentro de la misma, la cual solo tuve que usar en un par de ocasiones. Cuando paras a desayunar o te cruzas con una fuente que te dé confianza, rellenas la botella. Digo, sin pasarse, porque una vez me crucé con una italiana —era la primera vez que me la encontraba en el camino— y se había parado para descalzarse porque llevaba los pies fatal. Cuando me di cuenta de lo que llevaba en la mochila, me eché las manos a la cabeza. Por lo visto le habían insistido en que en este camino había que ir bien provisto de agua, sobre todo por las temperaturas.

Pero es que llevaba tres botellas de litro y medio, y eso es una exageración, como le dije. Me hizo caso y, aunque le costó trabajo porque las había pagado, tiró el agua de dos de sus botellas y continuó con litro y medio el camino. Al llegar al pueblo, nos volvimos a ver y me dio las gracias.

Hay que ir aprovisionado, pero poniendo algo de cabeza al asunto. Una exageración de peso de ese tipo te puede dejar fuera del camino. Tan malo es el defecto, como el exceso. Es verdad que cuando hace un día caluroso y te pilla caminando —sobre todo con poca sombra donde cobijarte— el agua se bebe sin conocimiento: te entra sin que te des cuenta, y se gasta más rápido de lo que crees. Sin embargo, cuando el día está fresco y no hace tanta calor, he hecho etapas, en ocasiones, de veinticinco kilómetros, en las que he

llegado al final de la misma sin haber agotado la primera botella, y estoy hablando de botellas de 50 cl.

Por eso es bueno tener en cuenta el parte meteorológico del día siguiente para, más o menos, ver a qué te enfrentas. Y, además, calcular la hora a la que vas a salir, los kilómetros que hay y sobre qué hora crees que llegarás.

Evidentemente, no gastarás la misma agua si llegas a tu destino a las doce del mediodía que si llegas a las dos. Esas dos últimas horas, en un día caluroso, ingerirás probablemente más agua que en las cuatro o cinco horas anteriores, hay que tenerlo en cuenta.

Ese día nos hospedamos en La Casa de la Misericordia. Nos atendió una pareja que colaboraba en la congregación religiosa. Lo cerraban a las nueve de la tarde-noche y no te dejaban irte antes de las siete de la mañana. Este hospedaje era por donativo y había cena comunitaria, aunque había que asistir a la misa del peregrino.

Fue la primera a la que asistí, pero no fue la última, porque en verdad y aunque no seas muy religioso; yo no lo soy especialmente, te da una paz interior y pienso, incluso suerte. Es como los capítulos de la serie Monstruos de Río, cuando Jeremy Wade ve que no es capaz de pescar el pez que está buscando y va a hablar con un Chaman para que le espante los malos espíritus y, al final, logra coger el pez. Puede parecer una tontería, seguramente lo sea, pero, de vez en cuando, asistir a una misa del peregrino, además de paz interior, te da ánimo para el camino y quiero pensar que algo de suerte.

Suelo ser reacio a acudir a las cenas comunitarias, pero siempre me pasa igual: al final, cuando asisto, me lo paso bien, conozco a personas e historias interesantes. Por eso, aunque en principio no me guste mucho la idea, al final… voy.

Y en este caso me alegré más aún, porque, aunque decían que era solo una sopa, cuando acudimos hubo casi de todo, desde salmorejo hasta filetes; o sea, que los que no fueron a la misa se lo perdieron.

Por lo visto, decían solo lo de la sopa porque, según Diego, uno de los colaboradores: “Si dices que solamente hay sopa, ahí se ven

de verdad los que vienen por la misa y por la convivencia, y los que no".

Justo al lado del edificio hay otro conjunto en el que atienden a unas setenta y cinco personas, aproximadamente, que requieren cuidados especiales. Tuvimos que atravesarlo para llegar a la iglesia y pasamos un pasillo con habitaciones a ambos lados, en las que se veía a los enfermos visitados por sus familiares. Aquella imagen me conmovió, porque te das cuenta de que además de la bondad de muchas instituciones a la hora de ayudar a las familias, también te hace pensar, cuando ves aquello, que tus problemas son diminutos en comparación con los que tienen otras personas.

Al día siguiente llegamos a Valdesalor, después de haber recorrido veinticinco kilómetros. El albergue estaba cerrado, así que tuvimos que llamar a una mujer que tenía un bar y era quien tenía en su poder la llave, según estaba escrito en un papel que habían pegado a la puerta del albergue. Al llamarla, vino a abrirnos.

La verdad es que el lugar estaba regular: se veía que llevaba tiempo cerrado y falto de limpieza. Aunque no estaba mal del todo, sí se notaba un poco descuidado. Pero, bueno, somos peregrinos y tenemos que asumir que no vamos a hoteles de cinco estrellas, esa es mi idea del peregrinaje.

Aunque no veo mal que cada cual se lo monte como pueda, pero en mi caso prefiero albergues. En primer lugar, porque conoces y convives con la gente del camino. Y, aunque la mayoría piensa que en un albergue duermes fatal y hay suciedad, ronquidos por las noches, etc., no siempre es así. Bueno, menos lo de los ronquidos, de eso es difícil escaparse si te encuentras con un roncador nocturno. En mi caso, y sobre todo a partir del segundo camino que hice, casi siempre intento quedarme en albergues privados porque suelen tenerlos en muy buenas condiciones. Me he encontrado con albergues privados verdaderamente bien montados, pagando entre doce y quince euros.

En cuanto a los roncadores y roncadoras, el único consejo que puedo dar, por mi experiencia, es que, como sueles coincidir con

algunos peregrinos, de los que conoces ya sueles tener identificado al que ronca.

A veces no te hace falta ni eso; ellos mismos se delatan, la mayoría de las veces haciendo bromas o sus propios acompañantes en el camino. Así que, atento a esa información que te cae del cielo y aprovéchala para no coger litera justo al lado.

Porque, si los tienes más o menos localizados, intentas dormir lo más alejado posible y así evitas problemas. A mí casi nunca me ha coincidido que duerman justo a mi lado, aunque me ha ocurrido, y es cuando molestan de verdad, o que duerman en la litera de arriba. Pero, incluso así, hoy en día venden en farmacias tapones para los oídos verdaderamente buenos, que te insonorizan casi la caída de una bomba.

En la siguiente etapa, y después de haber recorrido tan solo doce kilómetros, sobre las once y algo estábamos allí; llegamos a Cáceres. Lo habíamos calculado, como he dicho anteriormente, para hacer esa etapa corta y que nos diera tiempo de llegar a Cáceres a buena hora y así verla con más detenimiento.

Y acertamos, porque a Cáceres hay que dedicarle tiempo para ver: el Arco de la Estrella, la Plaza Mayor, la Torre de Bujaco, la Plaza de Santa María, el Palacio Mayoralgo, el Palacio de los Golfines de Abajo, el Museo y, cómo no, la Concatedral de Santa María. Ese día no paramos.

Con el tiempo del que disponíamos, vimos todo lo que pudimos, como pasa casi siempre en el camino; pero está bien, porque el día que te toca visitar ciudad, y más si nunca has estado, se te pasa que no te das ni cuenta.

La siguiente jornada fue desde Cáceres hasta el Embalse de Alcántara. Esta etapa de treinta y tres kilómetros es la que calificaría como la que mejor describe la Vía de la Plata cuando hablamos de calor, esfuerzo, de ir preparado de agua, si las previsiones ponen temperaturas altas, y donde, además de ser físicamente agotadora, también hay que ser fuerte psicológicamente.